

LA ILUSIÓN DE PAPA NOEL

La matriarca estaba feliz. En esa Nochebuena había conseguido reunir a toda la familia. Al final de la cena, delante de todos, le dijo a su nieta Cecilia:

-Si no hubieran pasado dieciocho años, ahora estarías esperando que Papá Noel entrara por esa puerta y te diera los regalos.

Cecilia apenas sonrió.

-¿Llegaste a sospechar quién se ocultaba detrás de la barba y la peluca? – continuó la abuela.

La nieta miró un momento a su tío Ernesto. Éste bajó la cabeza. Ninguno de los dos habló.

-¡Qué sosos estáis! –protestó la abuela-. Di, Cecilia, ¿llegaste a saber quién se disfrazaba de Papá Noel?

-¡Cuidado, madre, que está Susanita presente! -interrumpió la mujer de tío Ernesto.

-Tu hija es demasiado pequeña y no se entera de nada todavía -aclaró la abuela; y volviendo a su nieta Cecilia, insistió- ¿Reconociste a Papá Noel?

Cecilia miró a su prima Susanita, su piel sonrosada, su mirada inocente. Por fin, despegó los labios y dijo:

-Sí lo reconocí, abuela.

-Y ¿cómo lo identificaste?: ¿por sus ojos?, ¿por su boca?

-Por su olor –contestó la nieta con la vista fija en tío Ernesto- . Hay olores que nunca se olvidan.

-Y ¿qué regalo te gustó más, Cecilia?

-Déjalo, abuela...

-Anda, Cecilia, dilo, ¿qué regalos recuerdas con más cariño?

La nieta se irguió desafiante.

-¿De verdad que quieres saberlo, abuela? Los regalos que me han quedado son: brusquedad, amargura y asco por los hombres. Todos envueltos en bonitos papeles de colores.

A la matriarca se le heló la sonrisa. Una nube de silencio llovió sobre los familiares. Cecilia se levantó a recoger su abrigo. Al pasar junto a su tía le dijo:

-Cuida de Susanita, tía. No le ocultes nunca quien es Papá Noel.

Antonio Llop.

Diciembre 2011

